

CIRCO M.R.T. Coop. Ríos Rosas nº 11, esc. A, piso 6º, 28003 MADRID. Editado por: Luis M. Mansilla, Luis Rojo y Emilio Tuñón

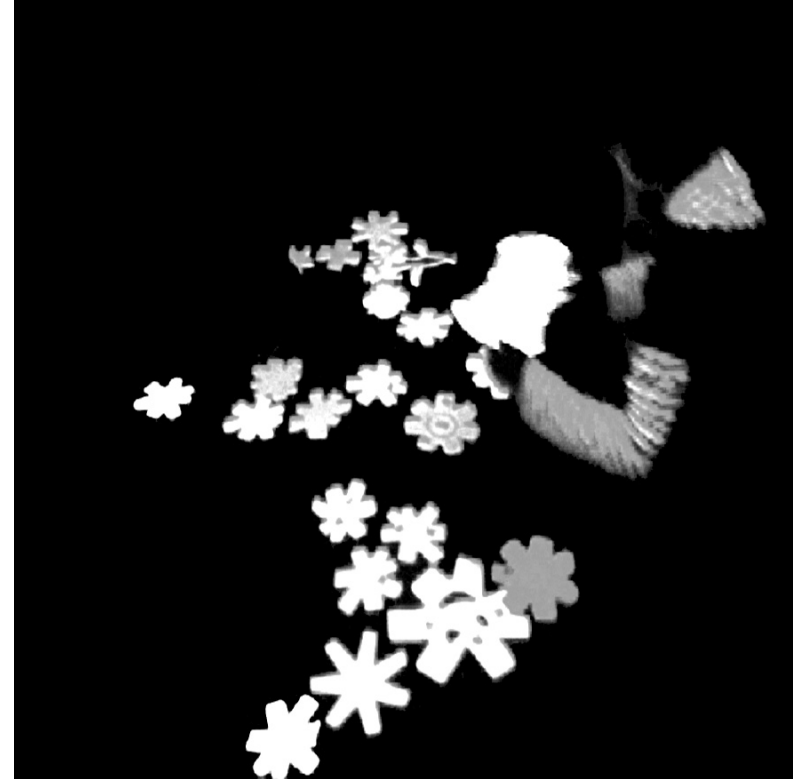
NOTA: "cuatro mañanas con el futuro" fue una experiencia didáctica organizada por la Fundación Pedro Barrié de la Maza y los arquitectos Luis M. Mansilla y Emilio Tuñón, con la colaboración de Rosa Rull, Manuel Bailo, Jesús Irisarri, Guadalupe Piñera Cristina Díaz Moreno, Efrén García Grinda, Francisco Aires Mateus y Manuel Aires Mateus, Matilde Peralta y Clara Moneo

2005. 127
JAIA LORE ARTEAN

CIRCO

LA SORPRENDENTE PRESENCIA DE LO POSIBLE

LUIS M. MANSILLA Y EMILIO TUÑÓN





El propósito inicial de las *cuatro mañanas con el futuro* era acercar la sociedad a la arquitectura, y para ello se propuso compartir un conjunto de experiencias con sus habitantes más jóvenes, los niños. En un razonamiento circular, pensábamos que el futuro podría acercarse mirando aquello que todavía estaba por venir. Un par de ingenuidades, pero ingenuidades útiles, al menos para demostrar lo equivocados que estábamos.

En primer lugar, porque si intercambiamos los sujetos, el asunto no sólo se acerca a la realidad, sino también se vuelve más operativo (siempre que se habla de los demás se habla de uno mismo). Y visto así, ya no se trata de acercar la sociedad a la arquitectura, sino la arquitectura a la sociedad. Y de este modo, los niños no cobijan sólo su futuro sino también acogen el nuestro, y nos regalan esa fascinación infantil que enmascara el futuro y el pasado tras la poderosa vitalidad de lo presente, de cada instante en sí mismo.

Pero trabajar sólo con el presente es una restricción que necesariamente llega acompañada por su propia dilatación. Como ocurre siempre, como si fuera la vida un constante inspirar y exhalar aire -esto es, rechazar y acoger- el propio tiempo se concentra en el presente y ensancha su campo de acción: cada vez más la arquitectura será un fenómeno más implicado con la vida - con los sentidos- que con las disciplinas, y deberá acoger en su seno una cristalización del tiempo, la semilla de su variabilidad.

Pero lo sorprendente, lo que se puede aprender, es que el territorio de juego de la arquitectura no queda reducido, sino, por el contrario, ensanchado, cuando forma parte de nuestro campo de acción esa suerte de totalidad sensorial que amalgama el mundo de los niños, esa extrema voracidad de construir el instante, y también, esa sensación de que el mundo es un todo inquebrantable.

Un mundo donde aparecer nuevas preocupaciones, nuevas tareas, nuevas oportunidades; un mundo esencialmente no visual, sino multisensorial, envolvente; lo importante ya no serán los espacios, sino la *atmósfera*, empujados por la formidable pujanza de la tecnología, la ansiedad de seguir transformando una naturaleza que no podemos tocar, recreándola, y la escondida y vana esperanza de con ello conjurar el lacerante paso del tiempo.

Un mundo ni mejor ni peor, un mundo no lleno de lamentos o nostalgias, sino ansioso por descubrir las enormes oportunidades que en ello se esconden para vivificar la arquitectura, para poder mirarla desde otro ángulo, desde el rincón más pequeño a los espacios sociales y las ciudades.

Un mundo donde el espacio es ya sólo un pequeño fragmento de los ambientes, dibujados con el oído, el tacto, el gusto, la vista, el olfato, contruidos con lo natural y lo artificial, donde las sensaciones son tan plenas como lo son en la naturaleza, porque están presididas no tanto por el cambio, como por la sorprendente presencia de lo posible.